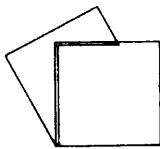


*Ruptura
y oposición
El movimiento
henriquista,
1945-1954*

Elisa Servín



cal y arena

Índice

INTRODUCCIÓN	15
I. EL PRIMER INTENTO	23
La «unidad nacional»	25
El viaje a Sudamérica	47
Miguel Henríquez Guzmán	50
La precandidatura henriquista	62
La precandidatura alemanista	68
La lucha por la candidatura oficial	72
La reacción henriquista	86
Las reformas de 1946	90
II. LA PUGNA POR LA SUCESIÓN	95
La modernización excluyente	97
Los intentos reeleccionistas	119
Los preparativos en el PRI y el retorno cardenista	128
Los inicios de la organización henriquista	134
¿Dentro o fuera del PRI?	144
La Unión de Federaciones Campesinas de México	153
La expulsión del PRI	158
III. DE LA DISIDENCIA A LA OPOSICIÓN	165
La Federación de Partidos del Pueblo Mexicano	169

La rivalidad agrarista	177
El Frente Político Nacional de Trabajadores	184
El henriquismo y el Ejército	189
Una candidatura de oposición	198
Los esfuerzos prorroguistas y el candidato oficial	202
El Partido Constitucionalista Mexicano	208
El Partido de la Revolución	218
La candidatura de Vicente Lombardo Toledano	224
IV. LA CAMPAÑA HENRIQUISTA	229
La gira por la región del Pacífico	233
De Puebla a Durango	242
Los primeros enfrentamientos	253
De la participación militar en política	258
Michoacán y la familia Cárdenas	263
De Guanajuato a Zacatecas	276
La defensa de la soberanía nacional	282
La gira por el norte	286
La alianza con la izquierda	295
La gira por el sur	303
Tamaulipas, Hidalgo y Morelos	312
El cierre de campaña y el clima preelectoral	318
V. DE LAS ELECCIONES A LA DESINTEGRACIÓN	327
Las elecciones del 6 de julio	333
La noche de la Alameda	341
La represión postelectoral	352
El enfrentamiento político	357

Los intentos levantiscos	367
Frente al 1 de diciembre de 1952	378
El henriquismo y el nuevo gobierno	386
La cancelación del registro	390
APÉNDICES	401
BIBLIOGRAFÍA	425

Introducción

Esta es la historia de un movimiento que desapareció del mapa. Esbozado apenas en los recuentos históricos de la postrevolución, el movimiento henriquista se desvaneció, oculto tras la fachada de estabilidad, consenso y «unidad revolucionaria» que la historiografía oficial construyó en torno a los gobiernos posteriores a 1940.

Reconstruir la historia del henriquismo respondió entonces al interés por recuperar una pieza importante de la oposición en los inicios de la segunda mitad del siglo xx. El henriquismo formó parte de una continuidad de movimientos sociales, políticos, populares, que de una u otra manera, desde una u otra posición política, se opusieron al autoritarismo gubernamental. De los almanistas a los henriquistas, de los maestros y ferroviarios a los médicos y estudiantes, pasando por las movilizaciones campesinas de fines de los cincuenta y principios de los sesenta, la historia postrevolucionaria resulta menos apacible si se observa con la mira puesta en la perspectiva de la oposición.

Surgido en la coyuntura electoral del fin del gobierno alemanista, el henriquismo se conformó inicialmente como un intento de disidencia política dentro del Partido

Revolucionario Institucional (PRI). La cerrazón del sistema impidió a sus dirigentes actuar en ese terreno y los forzó a alinearse en las filas de la oposición. Desde ahí, el henriquismo logró articular el descontento político y social contra el régimen de Miguel Alemán.

Siguiendo la pauta de otros movimientos opositores, el henriquismo se conformó a partir de una alianza entre diversos grupos e intereses políticos y sociales, que adquirieron una aparente homogeneidad ideológica y política en función de un enemigo común: el gobierno y su aparato político, el partido oficial. En este caso, pese a la diversidad de la alianza, el conflicto político se articuló ideológicamente en la disputa por el «verdadero proyecto de la Revolución Mexicana», que para algunos había adquirido su expresión más clara durante el periodo de gobierno de Lázaro Cárdenas.

Los dirigentes del henriquismo se asumieron y enfrentaron como herederos legítimos de la Revolución a la nueva generación política que encabezaba Miguel Alemán. La intención política fundamental de los líderes del movimiento henriquista consistente en ejercer presión para ser reconocidos como factores reales de poder, se legitimó en la defensa de las conquistas sociales de la Revolución. En ese sentido, los henriquistas no se asumieron simplemente como oposición sino como «oposición revolucionaria», es decir, oposición al gobierno en turno pero no al proyecto estatal emanado del movimiento de 1910 y la Constitución de 1917. Al enfrentarse al alemanismo, los henriquistas reivindicaron elementos fun-

damentales de una propuesta «del pasado», el cardenismo como proyecto e ideología con base social, misma que utilizaron para movilizar a diversos grupos en la coyuntura electoral de 1952.

Lo que empezó siendo una escisión política se articuló paulatinamente con diversos conflictos sociales. El henriquismo se nutrió de la suma de diversas inconformidades, nacionales y regionales, que se unificaron en torno a demandas tales como la necesidad de frenar la corrupción alemanista, democratizar las prácticas políticas, detener la carestía y la inflación, y recuperar algunas conquistas esenciales de la Revolución, como la reforma agraria y la defensa de la soberanía nacional.

Con un pie en los años treinta y otro en los cincuenta, el henriquismo logró una amplia movilización campesina y popular basada en la reivindicación del cardenismo, a la vez que con un discurso liberal democrático atrajo a ciertos sectores inconformes con el autoritarismo gubernamental. Más que un movimiento de clase, el henriquismo tomó la forma de un abigarrado movimiento popular. En su vertiente más numerosa, la movilización del descontento dejó ver a un México que se resistía a entrar en la «modernidad» si ello implicaba la subordinación incondicional ante la figura presidencial, el abandono de la reforma agraria, el sometimiento del movimiento obrero a la lógica del desarrollo capitalista o la exclusión militar de la política. La reivindicación henriquista de la Revolución y el cardenismo, con su sabor a «México viejo», puso de manifiesto la distancia

entre un proyecto gubernamental destinado a favorecer tan sólo a ciertos sectores sociales, y una vasta franja de la sociedad que se supo excluida de sus beneficios. La modernidad alemanista vería con azoro la reaparición masiva del «viejo» México agrario, «revolucionario» y caudillista que se resistía a desaparecer.

Pese a su condición «anacrónica», el henriquismo recurrió a la opción electoral para manifestar su inconformidad con el gobierno de Miguel Alemán. Conscientes de las dificultades para vencer a un aparato electoral construido para legitimar el monopolio político priista, los opositores reconocieron también que ésa era la única opción de lucha política institucional. Por esa razón, se abocaron a la construcción de un partido político, la Federación de Partidos del Pueblo Mexicano (FPPM), que para algunos de sus dirigentes debería consolidarse como una organización permanente que reivindicara en su quehacer cotidiano los planteamientos programáticos de la Revolución.

No obstante, a lo largo de la campaña presidencial, el henriquismo se enfrentó a los límites de la participación electoral desde la oposición. Pese al discurso democrático que manejó el gobierno federal, los henriquistas padecieron desde el primer momento la violencia organizada que, en alianza con el PRI, emanó de las autoridades estatales y locales. Por su parte, el perfil militarista que desplegó el henriquismo durante la campaña, fue aprovechado por el aparato político oficial para restarle contundencia a las aspiraciones democráticas henriquis-